

CLAVE

TERCERA EPOCA

NUMERO 1

MAYO DE 1941

CONTIENE:

ASI FUE, por Natalia S. Trotsky
L. TROTSKY Y LA REVOLUCION
PERMANENTE, por G. Munis
DE LA KOMINTERN A LA IV IN-
TERNACIONAL, por O. Ficher



Notas sobre: La C.T.M. y la G.P.U., Accion Democrática Interna-
cional, Asesinato de Krivitsky, etc.

20 Cts.

APARTADO POSTAL 8942

INDICE

HECHOS E IDEAS:

	Págs.
Tres Ovejas Descarriadas.....	3
Los Líderes de la C. T. M. y el Stalinismo.....	5
El General Krivitzky Asesinado por la G. P. U.	8
Una Internacional Contra el Internacionalismo.....	12

ARTICULOS:

Así fué.....	17
León Trotsky y la Revolución Permanente.....	29
De la Komintern a la Cuarta Internacional.....	44

CLAVE

Tribuna Marxista

Revista Mensual

Redacción: ADOLFO ZAMORA, JOSE FERREL

Responsable: EULOGIO ORTIZ

SUSCRIPCION: Un Año...\$ 2.00 Seis Meses...\$ 1.00

NUMERO SUELTO.....\$ 2.00

(Moneda Mexicana)

Cartas y Giros al Apartado Postal 8942

MEXICO, D. F.

Administrador: OCTAVIO FERNANDEZ

Fernando Ramírez 49. Col. Obrera, México, D. F.

Registrado como artículo de 2a. clase en la Dirección General de Correos de México, el día 11 de octubre de 1938.

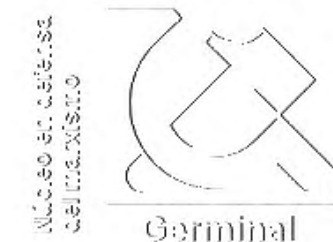
CLAVE

TRIBUNA MARXISTA

No. 1 | México, D. F., Mayo de 1941 | Tercera Época

Difusión deferencia de Edicions Internacionals Sedov en su serie Clave. Tribuna marxista (revista, 1938-1941). Para descargar el resto de números de la serie, enlace desde la imagen del logotipo:

Edicions internacionals Sedov



HECHOS E IDEAS

1

TRES OVEJAS DESCARRIADAS DEL STALINISMO

Si nuestra erudición bíblica no nos hace defecto, creemos que fué Santo Tomás quien dijo aquella de "ver para creer". Y tratándose del stalinismo no nos conformamos con nada menos que con una comparación bíblica. En eso somos infansigentes, "monolíticos". Hay que dar al padre de los pueblos lo que es del padre de los pueblos y a sus hijos lo que es de sus hijos. Pero en el stalinismo, como en la Biblia, a pesar las humoradas de Santo Tomás, hay que creer sin ver. Aún más, no hay prueba ontológica que puede explicar sus maniobras. Pero si les aplicamos un poco de gramática parda, la bruma se disipa y todas las cosas aparecen en su lugar.

Digámoslo de una vez: el Partido Comunista de México ha expulsado a Pavón Flores, miembro de su Comité Central, abogado de los asaltantes a la casa de Trosky y ciego defensor de todos los argumentos de la G.P.U. Ha sido también expulsado Alejandro Carrillo, miembro del buró político que dirigió Laborde, su acusador y soplón de la Comisión secreta de la G.P.U. que ordenó la purga del año pasado. ¿Razones de la expulsión? La imaginación del stalinismo no se molesta en buscarlas plausibles. Dos decretos ejecutivos anuncian en "La Voz de México" que el primero abandonó algunos trabajos enco-

mendados y el segundo "persiste en errores" que sólo los grandes sacerdotes conocen. Flores y Carrillo se dejan buenamente acusar y expulsar. Ningún recurso a la base o a los trabajadores en general, nada para disputarles la razón a quienes les expulsan. Como en el caso de Laborde, seguirán inquebrantablemente fieles a Stalin y la G. P. U. Y la base stalinista, ni siquiera se atreve a reclamar los derechos de Santo Tomás.

Nosotros, que en cuanto a gramática parda nos esforzamos lo que podemos, sabemos que Carrillo y Pavón Flores, como Laborde, Campa y otros tantos, están prendidos al cuerpo del stalinismo con broches de seguridad exclusivos de la G.P.U. Quien se desprende de ellos corre el riesgo de comprobar el color de su sangre. ¿Y qué interés pueden tener en correrlo ellos, que han renunciado a toda dignidad política y personal desde hace muchos años? El objeto de la G.P.U. al expulsarlos, puede haber sido diametralmente opuesto al aparente. En muchos casos, la G.P.U. soluciona conflictos y rivalidades personales en los Partidos Comunistas, con expulsiones que, poniendo a los "culpables" al servicio secreto y único de la G.P.U., equivalen a ascensos. Utilícelos o no la G.P.U.. Flores y Carrillo continuarán sumidos y obedientes, "para servir a Dios y usted".

Parece haber habido un tercer expulsado (del stalinismo español), de mayor cuantía y volumen. La voz pública asegura que Contreras, o Sormenti, o Vidali—tres nombres distintos y una sola persona verdadera—ha incurrido en la ira divina. Los ascos que a su nombre hacen algunos stalinistas parecen confirmar el rumor a menos de que sólo se trate de encomendarle algún nuevo trabajo de la G.P.U. El ex-comandantísimo del Quinto Regimiento, fué invitado a ir a la Unión Soviética. Pero, mejor médico que comandante, se negó rotundamente porque la hacen daño los aires fríos, demasiado cortantes, que solplan en torno a Stalin. ¡Si les conocerá él, que los llevó hasta España, donde asesinaron a centenares de revolucionarios! Pájaro de cuenta, y tumba de muchos

secretos, la G.P.U. tratará de contemporizar con él, o de explotarlo a fondo, según sea la verdadera posición de Sormenti en la G.P.U. No creemos que las divergencias diverjan tanto que tengan que hablarse por medio de explosiones. Pero un desaire así, de ser real, es grave, muy grave. Se lo agradecemos a Contreras por cuanto revela o el miedo y la desconfianza que se tienen entre sí, la G.P.U. y sus agentes, o la vieja técnica de las "expulsiones" a la Siqueiros. Sin embargo, aunque no sea necesario, advirtámosle como enemigos que por ambos caminos se suele encontrar algún que otro cementerio.

2

LOS LIDERES DE LA C. T. M. Y EL STALINISMO

EN ALIANZA CON LOS TERRORISTAS DE LA G. P. U.

Las noticias, versiones de autoasalto y calumnias puestas en circulación por "El Popular" y "La Voz de México", los líderes de la C.T.M. y los stalinistas, después del asalto del 24 de Mayo, correspondían punto por punto a las inspiraciones de la G.P.U. Lombardo Toledano y sus adláteres se proclamaron calumniados al acusarles Trotsky de complicidad moral con los asaltantes. Pero hoy estamos en condiciones de probar con las propias palabras de los líderes cetemistas su solidaridad moral y material con los terristas a sueldo de la G.P.U.

El 25 mayo de 1940, en primera plana, con las letras más grandes que pudo en contrar, "El Popular" decía:

"EL ATENTADO CONTRA TROTSKY: ATENTADO CONTRA MEXICO".

El mismo día, el artículo editorial de la tercera plana reclamaba, en tono vindicativo, del presidente de la República:

"Pedimos a usted que una vez descubiertos los culpables y aclarados sus móviles, se aplique el más enérgico castigo, sin que importe su

procedencia, su filiación política, el grupo político a que pertenezcan, la potencia extranjera a la que sirven o el bando de espías de que formen parte”.

Hasta aquí eran palabras hipócritas lanzadas al viento, cuando la C.P.U. aún creía hacer pasar por buena la teoría del autoasalto, y tratar a los trotskistas como espías al servicio de Estados Unidos. Pero obligados por esas palabras, al descubrirse la participación personal de Siqueiros y otros stalinistas en el asalto, “El Popular” aún se veía forzado a declarar el 20 de junio:

“Hoy reiteraremos la petición de ayer. Nuestro deseo es que la ley se aplique en todo su rigor a los autores del asalto.”

Y por su parte, una declaración oficial del P.C., publicada en la misma edición de “El Popular”, expone:

“... que todos ellos (Siqueiros y su cuadrilla) son elementos incontrolables y agentes provocadores; que un acto como el realizado en la casa de Trotsky, contrario a las genuinas formas de lucha proletaria, nada tiene que ver con nosotros.”

Algunos ingenuos o imbéciles, que lo uno se va con lo otro, pudieron tal vez creer que se trataba de honradas palabras. Pero he aquí que el último congreso de la C.T.M. “se pronunció también en favor de la libertad del pintor revolucionario David Alfaro Siqueiros y para el caso hará las gestiones correspondientes”. (“El Popular” 2 de marzo”).

Esta petición de libertad prueba no solamente que los líderes de la C.T.M. y stalinistas, mintieron conscientemente a los obreros y a la opinión en general, al declararse contrarios al terrorismo y partidarios del castigo de los culpables, sino que los autores de la petición se declaran por ella misma protectores del terrorista convicto Siqueiros, y moralmente solidarios del asalto en que participó, el mismo que causó el asesinato de Sheldon Harte. Más aún; en la defensa de Siqueiros está implícita la de Jacson, el asesino de Trotsky, puesto que Trotsky sólo salió vivo de los disparos de la banda de Siqueiros por causas ajenas

a la voluntad de los asaltantes. Defender a Siqueiros es defender el acto terrorista, independientemente de que lograra o no el asesinato. Pero si el asesino fracasado es para los líderes de la C.T.M. un “revolucionario”, Jacson, que no fracasó, es para ellos mucho más revolucionario.

Los trabajadores de la C.T.M. y de México en general, tienen una prueba irrefutable del cinismo con que los burócratas les engañan y se burlan de ellos.

Lombardo Toledano, Fidel Velázquez y sus camarillas están corrompidos hasta la médula de los huesos. Ayer pedían el más enérgico castigo para los asaltantes, “sin que importe... la potencia extranjera a la que sirven, o el bando de espías de que formen parte”. Pero cuando la potencia extranjera es el Kremlin y el bando de espías la C.P.U., corren a sacar a los culpables de la cárcel, presentando a los terroristas mercenarios, instrumentos de los opresores del proletariado soviético, como revolucionarios. Esta vez, los burócratas de la C.T.M. y los líderes stalinistas están convictos y confesos, con sus propias palabras, de complicidad con los terroristas; con los terroristas de la contrarrevolución soviética.

Prueba de lo que decimos, es que hicieron pasar la resolución en favor de Siqueiros, a última hora, precipitadamente, entre dos peticiones de carácter diferente, para ocultar un tanto su infamia al Congreso. Nadie se atrevió a explicar por qué se pedía la libertad de los terroristas. No podían decirlo, ni siquiera a su Congreso amañado, porque eso entra dentro de las relaciones secretas de los principales líderes con la C.P.U.

La proposición había sido introducida por un “Comité pro-Siqueiros y demás procesados en la lucha contra el trotskismo”, de pura inspiración stalinista. En el número de los “demás” entra también Jacson, al que la C.P.U. tratará de libertar igualmente. La solidaridad del Congreso de la C.T.M. con el mentado comité es una declaración de

complicidad directa con los asesinos de la G.P.U. Todos los obreros conscientes deben protestar enérgicamente en sus sindicatos.

¡Fuera los líderes corrompidos, aliados de Stalin!

3

EL GENERAL KRIVITZKI ASESINADO POR LA G. P. U.

El general Krivitzky había sido jefe de la policía secreta stalinista (G.P.U.) en los países de Europa occidental. Como tal ayudó a Stalin a asesinar a multitud de revolucionarios y a sabotear el movimiento obrero europeo. Pero durante los procesos de Moscú, Krivitzky, habiendo sido llamado a Rusia, temió ser allí asesinado obligándole a hacer falsas confesiones. En lugar de ir a Rusia rompió con la G.P.U. y el stalinismo.

En Europa y los Estados Unidos reveló en artículos y libros un buen cúmulo de secretos sobre la organización internacional de espionaje de la G.P.U., sus asesinatos de líderes revolucionarios y sobre la política internacional de Stalin. Tal vez pensó Krivitzky que Stalin le dejaría tranquilo si sus revelaciones y secretos conocimientos de los crímenes de este último no eran puestos al servicio de la Cuarta Internacional, la fuerza revolucionaria de la cual teme Stalin sobre todas las cosas. Pero el dictador del Kremlin no puede perdonar a quienquiera que descubra sus traiciones al proletariado revolucionario internacional, aunque tales descubrimientos no vayan en beneficio directo de la revolución. El ejemplo de Krivitzky debe servir a los que como él han roto a están a punto de romper con la burocracia staliniana. El paso de esta a las filas de la burguesía es estéril e inoperante. Sólo el paso a la IV Internacional puede debilitar eficazmente a la oligarquía moscovita.

En efecto, semanas atrás, Krivitzky fué encontrado muerto en el cuarto de un hotel de Washington. La G.P.U. ha tratado de presentar

este nuevo crimen como un suicidio. El cuarto donde yacía Krivitzky estaba cerrado, una pistola se encontraba a la izquierda del cadáver y tres cartas de letra semejante a la suya, una dirigida a su mujer y las otras a dos amigos, comunicaban su decisión de suicidarse. La G.P.U. se ha esforzado esta vez en hacer su huella lo menos perceptible. La mano del asesino se descubre, sin embargo, en aquello que quiere ocultar.

La suficiencia técnica de la G.P.U. para falsificar cartas y documentos, es de antiguo conocida. No menos conocido es su sistema de escribir cartas en las que sus víctimas explican el crimen favorablemente a Stalin. Cuando Klement, el secretario de la IV Internacional, fué asesinado en París, Trotsky recibió una carta falsificada renegando del trotskismo. Los expertos calígrafos no sólo establecieron la falsificación, sino que revelaron modismos y giros de construcción gramatical de los empleados en el ruso. La carta estando en francés, y siendo Klement alemán, si realmente la hubiera escrito, los modismos y errores de construcción debieran haber sido de origen alemán. Todo el mundo recuerda aún la carta del asesinato de Trotsky, que no era otra cosa que una defensa de la G.P.U. por la G.P.U. Se hacía decir en ella a Jacson, que mataba a Trotsky por considerarlo un enemigo de la clase trabajadora, y que Stalin tenía razón.

Las cartas que la G.P.U. dejó junto al cuerpo de Krivitzky revelan también la factura por su contenido, aunque la falsificación caligráfica sea esta vez aun más perfecta que en el caso de Rudolf Klement. En la dirigida a su abogado se dice que Krivitzky hizo un viaje al estado de Virginia con el objeto de comprar una pistola. Krivitzky había sido admitido en los Estados Unidos en calidad de ex-agente de la G.P.U. temeroso de ser asesinado. El uso de armas le estaba, por tanto, legalmente permitido, y en cualquier ciudad hubiera podido hacer la compra de una pistola, caso de que no tuviera ya.

En la carta dirigida a su mujer, la justificación del stalinismo se esboza en una frase torpe: "Mis culpas son muchas"—dice. Con lo que se quiere dar a entender que Krivitzky se suicida arrepentido de lo que

ha escrito contra Stalin. La unidad de inspiración entre esta carta, la del asesino de Trotsky y la de los de Klement, salta a la vista. Quienquiera que crea en la veracidad de suicidio, debe concluir que Krivitzky y quienes como él han denunciado los crímenes, falsificaciones y trapacerías políticas de Stalin, han mentado de cabo a rabo, mientras este es un inocente y justo hombre preocupado de la salud del mundo. La defensa implícita de Stalin en la frase citada, le acusa directamente como responsable de la muerte de Krivitzky.

Finalmente, varios de los amigos de la víctima han declarado que fué a Washington con el propósito de solicitar protección especial del Buró Federal de Investigación, porque había señalado la presencia en los Estados Unidos de un agente de la G.P.U. a quién Krivitzky atribuía la misión de asesinarle. ¿Cómo puede explicarse el suicidio de un hombre en el instante mismo en que va a pedir protección? Pero actualmente ya nadie cree en la tesis del suicidio. Hay asesinato, y este no pudo perpetrarlo nadie más que la G.P.U.

La actividad y suficiencia criminal de los agentes de la G.P.U. en el Continente, ha sido otra vez sangrientamente demostrada. No sólo realiza hábiles asesinatos, sino mucho más hábiles encubrimientos. La policía del país del Norte, ha actuado en los primeros momentos como si se tratara de la policía de Stalin. Calificó suicidio, permitió que se removieran los objetos de la habitación y no se preocupó de tomar las huellas digitales de las cartas, la pistola etc. El informe del comandante de policía situaba la muerte de Krivitzky varias horas después de haber llegado sin sentido al hospital; por su parte, el médico forense, que examinó el cuerpo antes de ser trasladado, situó la muerte dos horas antes de ser descubierto el crimen.

¿Significa esto que la G.P.U. ha sobornado a la policía americana, o que tiene agentes propios en el seno de la misma? Ambas hipótesis son perfectamente posibles. Una tercera, sin embargo, es mucho más peligrosa: La G.P.U. pudo haber contado para este asesinato con una

secreta alianza diplomática entre Washington y el Kremlin. En este caso las investigaciones no conducirán a nada, los asesinatos se multiplicarán en el futuro, y la policía de Roosevelt será encubridora y auxiliar de la G.P.U., como fué el caso con la investigación del asesinato de Klement mientras duró el pacto franco-soviético.

Otros asesinatos seguirán invariablemente a este. Nuestros camaradas y simpatizantes deben extremar las precauciones en todos los sentidos y desconfiar sistemáticamente de quienquiera cuyas fuentes económicas, vida privada, relaciones personales y actividades diarias no sean perfectamente conocidas. Los mercenarios stalinistas tratarán de asesinar a todos los camaradas destacados. Y si el pacto soviético-americano existe o se produce en el futuro, la policía burguesa de todo el Continente será un auxiliar de la G.P.U. Un régimen de vigilancia excepcional se impone. Cada compañero debe organizar un sistema especial de precauciones en torno a sí. Sólo nosotros, nuestra actividad revolucionaria, podrá acabar con la tendencia política de los asesinos stalinianos.

Un nuevo dato, conocido a última hora, corrobora la responsabilidad de la G.P.U. en el asesinato y las "negligencias" encubridoras de la policía americana.

Las cartas dichas de Krivitzky, quedaron desde el primer momento en manos de la policía, la que dió el texto de las mismas a la prensa, impidiendo ver a nadie los originales, incluso al abogado y a la esposa de la víctima. Pasadas varias semanas, el abogado, señor Waldman, consiguió obtener copias fotostáticas. Por ellas pudo descubrirse que mientras el texto de la carta a la esposa dado a la prensa por la policía, rezaba: "las buenas gentes te ayudarán, pero no los enemigos. Creo que mis culpas son muchas"; en la copia fotostática se lee: "las buenas gentes te ayudarán, pero no los enemigos del pueblo soviético. Creo que mis culpas son muchas".

La policía prestó un gran servicio a la G.P.U. omitiendo las palabras "del pueblo soviético". Sin ellas no aparece completo el sistema

de Stalin. La frase "Mis culpas son muchas", deja entrever que Krivitzki estaba arrepentido de sus ataques al stalinismo. Pero Stalin acostumbra presentar a sus víctimas no sólo arrepentidas, sino entusiasmadas con su persona. Las palabras, "Pero no los enemigos del pueblo soviético", son el remate de la obra de Stalin. Sea en Moscú, en París, en España o en México, la G.P.U. termina siempre certificando sus crímenes con una glorificación del "padre de los pueblos". Ninguna duda puede quedar sobre el origen de la muerte de Krivitzky.

¿Cómo, por qué ocultó la policía americana tan importantes palabras? Es imposible creer que la omisión haya sido totalmente extraña a los autores del crimen. La capacidad de penetración y falsificación de la G.P.U. se supera constantemente.

4

UNA INTERNACIONAL CONTRA EL INTERNACIONALISMO

Se ha constituido en México una llamada Asociación Democrática Internacional que ha comenzado a publicar un periodiquito titulado "Libertad". La empresa es de puro corte pequeñoburgués, sin más móvil ni razón de existencia que la defensa del imperialismo angloamericano. Ha sido creada por y para los intereses de este, valiéndose de algunos de esos muñecos políticos que, semejantes a los de trapo que dicen "mamá" al apretárseles la barriga, ellos dicen "libertad" cuando les aprieta el dedo del fascismo. Y tanto valen unos como otros para combatir a este último.

Pertenecen y animan Acción Democrática Internacional todos los políticos fracasados, desconectados con las realidades sociales de nuestra época, gente asustada, que frente al peligro mundial del fascismo se ponen aceleradamente a reforzar las causas que lo crean, y apostrofan sentenciosamente al mundo como si fueran realmente a salvarlo. Están

con ésta agrupación pro-imperialismo todos los republicanos españoles, y todos los socialistas, así de Negrín como de Prieto y Caballero. Los stalinistas hacen rancho aparte por el momento, pero "cosas veredes" si Stalin llega a decir esta boca es mía. De entre los anarquistas, un grupo de dirigentes, ignoramos si con el consentimiento de su organización, prestan a A. D. I. un simulacro de base obrera. La dinamita y el apoliticismo antiestatal convertidos en agua de rosas para perfumar la solapa de los burgueses demócratas; el espantable García Oliver y el un poco menos espantable Aurelio Fernández, son ahora respetabilísimos y dignos ácratas a los ojos de mister Churchill y mister Roosevelt, consecuencias de un "alto el fuego" vergonzoso y traidor. Por lo que respecta a los mexicanos ahí adosados, como Cordero Amador, Maganda y otros, son gente suficientemente conocida como ex-callistas, ex-stalinistas, pronto ex-cardenistas e incluso ex-Cordero Amador y ex-Maganda.

Pasemos ahora al meollo "ideológico" de Acción Democrática. Según su manifiesto de constitución, estos bravos señores se proponen nada menos que "la destrucción de los regímenes totalitarios; la libertad de los pueblos oprimidos; la abolición de las teorías racistas; la federación de los pueblos libres de Europa; el advenimiento de una democracia económico-social".

El inspirador principal de estas frases chillonas es indudablemente Alvaro de Albornoz, ex-ministro de justicia de la República española, expresidente del Tribunal de Garantías Constitucionales y gran maestro de Acción Democrática Internacional. Durante años ha triscado de tribuna en tribuna haciendo apologías de Gambetta, Thiers y otros pseudorradicales franceses de 1871. Sus libros, principalmente antes de 1931, abundan en promesas de democracia "económico-social". Pero siendo ministro de justicia, solo la acción de las masas españolas le impidió hacer fusilar a un grupo de huelguistas de Turón (Asturias). El mismo señuelo que Albornoz agitaba en España antes del adveni-

miento de la República lo agita ahora ante el mundo, insuflándolo a A.D.I. Albornoz y los suyos llegaron al poder; el señuelo de la democracia-social adquirió entonces su estructura concreta en el dominio político de la burguesía. Triunfante Inglaterra, el señuelo de Acción Democrática Internacional se resolverá pura y simplemente en la dictadura económico-política de la burguesía angloamericana, sobre todo el mundo. Y así como en España, la "democracia económico-social" de Albornoz fué incapaz de resolver ningún problema, dando origen a la insurrección fascista y facilitando su triunfo, de la misma manera, aplicada a las democracias imperialistas triunfantes, produciría un reforzamiento de las tendencias reaccionarias internas y un paso más hacia el totalitarismo fascista.

Estos pequeñoburgueses incapaces de aprender nada, creen que las palabras "democracia", "libertad" etc., tienen virtudes propias absolutas y capacidad creadora en sí mismas. Y no ocultemos que así logran engañar a algunos obreros, verdaderos enemigos del fascismo. Para estos recordamos que la democracia ha tenido y tendrá siempre un carácter de clase. Cuando ha existido en su limitada forma burguesa, era el traslado político de la prosperidad económica del capitalismo. La bancarrota de este, que se hará mucho más intensa con la guerra, sin que importe el triunfador, empujará a todas las burguesías hacia la dictadura totalitaria. En la actualidad la burguesía no puede tener otra tendencia histórica que el fascismo. Inglaterra y los Estados Unidos imitarán a Hitler no sólo en el arte militar, sino también, y sobre todo, el arte de vencer y esclavizar a las masas pobres. Hablar de democracia burguesa para el futuro, es charlatanería demagógica de la más estúpida, si no fuera de la más intencionada. La única democracia posible en el porvenir es la proletaria, que requiere el aniquilamiento económico y político del orden capitalista. Acción Democrática Internacional ha sido creada para apartar a las masas de esta senda; Acción De-

mocrática Internacional viene a obscurecer aún más las esperanzas de todos los oprimidos del mundo.

Con estas palabras está sucintamente refutado todo su mendaz programa, pero aun queremos poner el dedo sobre el punto: "por la liberación de todos los pueblos oprimidos". Estos abogados de los millonarios anglo-americanos entienden por tales únicamente los países ocupados por Alemania e Italia, a lo sumo también los que lo están por la Unión Soviética. Sobre la India, las demás colonias inglesas, francesas y americanas se callan taimadamente la boca. Sus democráticos patronos podrían, sin embargo, empezar por libertar a los pueblos coloniales que soportan una opresión y miseria no inferiores a las del proletariado alemán y los pueblos ocupados por el dictador hidrofóbico. Sabemos que Inglaterra ha ofrecido la libertad a la India.... para cuando termine la guerra. Estas promesas son como las del matón del cuento castellano, quien derribado en un pozo por su adversario, prometía: "Sácame del pozo y te perdono la vida". Ya Lloyd George, en 1914-18 prometió a los obreros ingleses casi el comunismo; Hitler promete a los obreros alemanes un paraíso, después que triunfe. Pero si el proletariado, abdicando sus propios intereses, ayuda a la burguesía (su matón en peligro), a salir del pozo, ella se encargará de dar cuenta del crédulo proletariado.

Es muy característico que en el primer mitin organizado en esta capital por A.D.I., todos los oradores combatieran el internacionalismo proletario. Los más radicales reconocían el carácter imperialista de la guerra, reclamando, sin embargo, apoyo para Inglaterra, porque "si el fascismo triunfa, todos los proyectos de revolución se han acabado". Austadas por Hitler, estas gallinas políticas imploran oportunidades revolucionarias de la burguesía; como si para sostenerse ella misma, después de un triunfo que la arruinará, no le hiciera falta una dictadura tan bestial como la del nazismo.

Los internacionalistas revolucionarios deben defender lo que que-

da de la democracia burguesa, por los medios de la lucha de clases. "Naturalmente, existe una diferencia entre los regímenes políticos de la sociedad burguesa, exactamente como existe una diferencia de comodidad entre los diferentes vagones de un tren, pero cuando todo el tren se precipita en el abismo, la distinción entre la democracia decadente y el fascismo homicida, desaparece frente al colapso del sistema capitalista por entero" (del Manifiesto de la IV Internacional).

Acción Democrática Internacional viene a prestar a la burguesía un apoyo que por sí misma ella no puede darse. Guardar silencio ante esa tentativa sería complicidad con la traición socialpatriota. Los trabajadores anarquistas deben condenar categóricamente a sus líderes, tocados con la cruz monárquica de de Gaulle. El Frente Obrero Internacional (ex-Buró de Londres), debe pronunciarse también. La colaboración en "Libertad" de Marceau Pivert ¿no significa una tolerancia amistosa hacia la defensa imperialista? El proletariado tiene derecho a saber por dónde pasa la línea de demarcación de clase.

En Estados Unidos, el candidato trotskista a senador por el Estado de Minnessota, obtuvo cerca de 10,000 votos, más que los candidatos stalinista y socialista reunidos. La principal consigna de la campaña fue: "Partido trotskista contra la guerra imperialista".

ASI FUE

EL MARTES 20 DE AGOSTO DE 1940, A LAS SIETE DE LA MAÑANA

por Natalia SEDOVA TROTSKY

— "Sabes, me siento muy bien esta mañana, como no me he sentido desde hace mucho tiempo... anoche tomé doble dosis de soporífero... he notado que me produce un buen efecto.

— Si; me acuerdo que ya lo notamos en Noruega, cuando sentías decaimiento de fuerzas aun más a menudo... pero no es el soporífero lo que te hace bien; un sueño profundo es un descanso completo.

— Es cierto".

Al abrir por la mañana o cerrar por la noche los postigos blindados de nuestro dormitorio, contruidos por nuestros amigos después del asalto a la casa, el veinticuatro de mayo, L. D. decía de vez en cuando:

— "Ahora no nos harán daño los Siqueiros". Y al despertar solía decir para sí mismo y para mí: "Aquella noche no nos mataron y aun no estás contento". Yo trataba de defenderme como podía. Una vez, después de este saludo, añadió, pensativo: "Sí, Natacha, nos han concedido un plazo".

En 1928, cuando nos desterraron a Alma Ata, donde nos esperaba una incertidumbre completa, rumbo al destierro, charlamos una vez durante toda la noche en el departamento del va-

gón. No podíamos conciliar el sueño; nuestra vida en Moscú en las últimas semanas, y sobre todo en los últimos días, había sido tan agitada, nuestra fatiga era tal, que la excitación nerviosa no podía desaparecer aún. Me acuerdo que L. D. me dijo:

—“Es mejor... (la deportación) morir en una cama del Kremlin...; no estoy de acuerdo”.

Aquella mañana estaba lejos de todos estos pensamientos... un buen estado físico le daba la esperanza de trabajar durante el día “como es debido”.

Al terminar rápidamente su fricción habitual y haberse vestido ligeramente, salió con vivacidad al patio para dar de comer a sus conejos. Cuando se sentía mal, el alimentarlos le incomodaba; pero rehusaba abandonar ésto porque le inspiraban lástima sus animalillos. Hacerlo como él quería y como tenía por costumbre —es decir bien— era difícil. Aparte ésto, estaba en guardia: era necesario economizar sus fuerzas para el trabajo intelectual. El cuidado de los animales, la limpieza de sus cajas, etc., le ofrecía por una parte descanso y distracción, pero, por otra, le fatigaba físicamente y ésto se reflejaba en su capacidad global de trabajo. Todo lo que él hacía lo hacía con entusiasmo. No conocía mediocridad, lentitud e indiferencia. Por eso nada le fatigaba tanto como las conversaciones vanales o semivanales. ¡Con qué ánimo recogía cactus para plantarlos en nuestro jardín! Se daba a ello por entero. Empezaba a trabajar el primero y terminaba el último; ninguno de los jóvenes que le acompañaban en sus excursiones podía igualarle. Desistían más pronto y se rezagaban uno tras otro. Pero él era infatigable. Muy a menudo, al mirarle, me maravillaba este milagro. ¿De dónde sacaba esa energía y esa fuerza física? Ni el sol, extremadamente ardiente, ni las montañas, ni las bajadas cargando cactus pesados como el hierro, tenían efecto sobre él; a él le hipnotizaba el resultado del trabajo. Encontraba un descanso cambiando el carácter de este último. En el trabajo hallaba compensación de los golpes que le

perseguían cruelmente. Cuanto más fuerte era el golpe recibido, más apasionadamente se sumergía en el trabajo.

Por causas de fuerza mayor, las excursiones en busca de castus eran más y más raras. De vez en cuando, fatigado y hastiado de la monotonía de su vida, L. D. decía:

—“¿No crees que podríamos salir todo un día esta semana?”

—Es decir, para “trabajos forzados” —bromeaba yo—: ¿por qué no?

—Sería mejor lo más temprano posible, ¿tal vez salir a las seis de la mañana?

—¿Por qué no?; ¿pero no te cansarías demasiado?

—No; eso me reanima, y además os prometo guardar la medida...”

L. D. acostumbraba alimentar sus conejos y gallinas, a los que gustaba observar, generalmente entre las siete y quince minutos o siete y veinte, y las nueve de la mañana. De vez en cuando dejaba esta tarea para imprimir en el dictáfono una u otra disposición, una u otra idea que se le había ocurrido.

Aquel día estuvo trabajando en el patio sin interrupción. Habiendo desayunado, me afirmó una vez más que hoy se sentía perfectamente bien y que quería empezar a dictar un artículo sobre la movilización militar en los Estados Unidos. Y, en efecto, empezó a dictar.

A la una de la tarde, nos visitó Rigalt, nuestro abogado en el asunto del asalto del veinticuatro de mayo. Después de esta visita, León Davidovich vino a verme para comunicarme que sentía mucho tener que posponer el artículo comenzado y volver al trabajo relacionado con el proceso del asalto. Resolvió con el abogado que era necesario contestar a “El Popular” en vista de que, en un banquete, habían acusado a L. D. de difamación.

—“Yo—dijo él, en tono de desafío—tomaré la ofensiva y les acusaré de calumnia.

—Que lástima que no puedas escribir sobre la movilización.

—¿Qué hacer? Tendré que dejarlo para dentro de dos o tres días. Ya dije que me pusieran sobre el escritorio todos los materiales que hay. Después de comer les echaré un vistazo. Estoy muy bien" —repitió otra vez.

Después de la breve siesta, le vi sentado tras el escritorio, cubierto de materiales sobre "El Popular". Su estado físico seguía muy bien y me sentí más contenta. En los últimos tiempos, L. D. se quejaba de una debilidad general que le dominaba de vez en cuando. Sabía que era algo pasajero, pero entonces pensaba sobre ellos más de lo acostumbrado. Aquel día nos pareció como el principio de una temporada mejor de estado físico. Su aspecto también era mejor. Para no molestarle, de vez en cuando yo entreabría la puerta de su habitación y le observaba en su posición acostumbrada, inclinado sobre su escritorio, con la pluma en la mano. "Un episodio más y estos anales habrán terminado" —me acordé. Así hablaba el antiguo cronista Pimen en el drama Boris Godunof, de Pushkin, registrando los crímenes del Zar Boris. La manera de vivir de L. D. se aproximaba a la de un prisionero o un anacoreta, con la diferencia de que, en su soledad, no solo registraba él los acontecimientos, sino que también luchaba irconciliablemente contra sus enemigos ideológicos.

Durante éste breve día, hasta las cinco de la tarde, León Davidovich dió al dictáfono varios trozos del contenido de su futuro artículo sobre la movilización militar de los Estados Unidos, y aproximadamente cincuenta pequeñas páginas desmintiendo a "El Popular", es decir, las actividades de Stalin. Todo ese día gozó de su completo equilibrio mental y físico.

A las cinco, como de costumbre, tomamos el té. A las cinco veinte, o quizás a las cinco treinta, salí al balcón, y vi que L. D. estaba en el patio cerca de una jaula abierta de conejos. Los estaba alimentando. Allí mismo estaba también un individuo al que no reconocí inmediatamente, hasta que se quitó el sombrero y vino hacia el balcón. Era Jacson. "Ha venido otra vez —pensé

yo—; ¿por qué ha empezado a venir tan frecuentemente?" —me pregunté a mí misma.

—"Tengo una sed espantosa, quisiera tomar un vaso de agua —dijo él saludándome.

—Quizás quiere usted tomar una taza de té.

—No, no; he comido tarde y siento la comida aquí (y señaló la garganta); me está extrangulando".

El color de su cara era verde-gris y toda su apariencia muy nerviosa.

—¿Por qué lleva usted sombrero e impermeable? (el impermeable lo llevaba en el brazo izquierdo, pegado al cuerpo). Hay mucho sol.

—Pero usted sabe que es pasajero; puede llover".

Yo quise contestarle: "Hoy no lloverá". El se jactaba de no llevar sombrero ni abrigo, ni aún en el peor tiempo. Pero me sentí molesta y no le dije nada.

—"¿Y como está Silvia?"

No me entendió. Yo lo había confundido con mi pregunta sobre el impermeable y el sombrero. Estaba completamente ocupado con sus propios pensamientos. Sumamente nervioso, como si despertara de un sueño profundo, contestó:

—"Silvia... Silvia... —y recuperándose añadió negligentemente—: está siempre bien".

Luego se dirigió a León Davidovich, hacia las jaulas. Andando le dije:

—"Y su artículo, ¿está listo?"

—Sí; está terminado.

—¿Pasado a máquina?"

Con la misma mano en que llevaba el impermeable —en el que, como se supo después, estaban cosidos la piqueta y el puñal— hizo un movimiento embarazoso, y manteniéndola pegada al cuerpo, me enseñó algunas hojas escritas a máquina.

—“Está bien que no sea manuscrito, a L. D. no le gustan manuscritos desordenados”.

Hacia dos días se había presentado también con impermeable y sombrero. Yo no le ví, pues desgraciadamente no estuve en casa. Pero L. D. me dijo que había venido J. y que le había asombrado un poco con su conducta. L. D. lo mencionaba como si no quisiera detenerse en ello. Pero al mismo tiempo, notando ciertas circunstancias nuevas, no pudo dejar de comunicarme su impresión.

—“Trajo el proyecto de su artículo, más bien un borrador... algo muy confuso. Le di algunos consejos. Vamos a ver. Ayer no parecía francés —añadió. Se sentó de repente sobre mi escritorio y estuvo todo el tiempo sin quitarse el sombrero.

—Si; es extraño —me asomé yo—; él nunca usa sombrero.

—Pero esta vez lo llevaba” —contestó León Davidovich, sin detenerse; hablaba andando.

Yo me puse en guardia. Me pareció que esta vez L. D. había visto en J. algo más sobre lo que no se apresuraba a hacer una conclusión. Esta breve conversación tuvo lugar la víspera del crimen.

Con el sombrero sobre la cabeza... con el impermeable al brazo... se sentó sobre el escritorio; ¿no era ésto un ensayo? Lo había hecho para encontrarse después más seguro y exacto en su estrategia.

¿Quién podía entonces adivinar esto? ¿Quién hubiera creído que el veinte de agosto, un día como cualquier otro, sería fatal? Nada anunciaba su fatalidad. El sol brillaba claramente desde la mañana, como siempre aquí. Las flores se abrían, la yerba resplandecía como un barniz. Todos nosotros, cada cual a su manera, nos preocupábamos de hacer el trabajo más ligero a L. D. Varias veces durante ese día, subió los escalones de ese mismo balcón, entró en la misma habitación y se sentó sobre esa misma silla, en su escritorio... ¿eso era tan común!; pero ahora,

por lo mismo, ¡tan terrible y trágico! Ninguno de nosotros, ni él mismo, preveía la próxima catástrofe... y en esta ausencia de adivinación se ocultaba un abismo...

Al contrario, todo ese día era uno de los más armoniosos. Cuando L. D. salió al jardín, a las doce, y yo le ví, bajo el sol ardiente, con la cabeza descubierta, me apresuré a llevarle su gorra blanca para defender su cabeza de la rudeza del sol impío; defendíle del sol... pero ya estaba él bajo la amenaza de una muerte terrible... No sentíamos entonces el destino, el impulso de la desesperación no mordía aún nuestro corazón.

Me acuerdo que cuando nuestros amigos estaban construyendo el sistema de señales en la casa, el jardín y el patio, y se establecían los lugares de guardia, dirigí una vez la atención de L. D. a la necesidad de poner una guardia cerca de su ventana; en aquel momento me pareció indispensable, pero él dijo que en éste caso sería preciso extender el sistema de defensa, aumentar el número de guardias hasta llegar a diez, lo que no estaba en proporción con los medios y con el material humano de que dispone nuestra organización. Guardia cerca de la ventana, no podía salvarle en un momento dado; sin embargo, me preocupó mucho la ausencia de la misma en ese sitio. L. D. estaba muy impresionado con el obsequio que le enviaron nuestros amigos de Mineápolis, un chaleco blindado, especie de cota de malla. Viéndolo, dije que sería conveniente tener algo también para la cabeza. L. D. insistía en que cada compañero que ocupase el puesto responsable en un momento dado, llevase ese chaleco blandado. Después del fracaso que sufrieron nuestros enemigos en el ataque del 24 de mayo, sabíamos muy bien que Stalin no se detendría allí y nos preparábamos. También sabíamos que la G.P.U. emplearía otro método de asalto. No excluíamos un ataque por una persona sobornada por la G.P.U. Pero ni la cota de malla ni el casco hubieran podido protegerlo. Era imposible emplear diariamente éstos

medios de protección, era imposible convertir su propia vida en autodefensa; habría perdido en este caso todo su valor.

Cuando me acerqué con J. a L. D., éste me dijo en ruso: —“Sabes, él espera que Silvia venga; se van mañana”.

Quiso indicarme así que sería conveniente invitarlos, si nó a cenar, a tomar el té.

—“No sabía que usted se va mañana y que espera aquí a Silvia.

—Sí, sí; se me olvidó decírselo.

—Que lástima no haberlo sabido; hubiera podido enviar algo a Nueva York.

—Yo puedo venir mañana por la mañana.

—¡Oh!, no; muchas gracias, sería una molestia para usted y para mí”.

Y volviéndome hacia L. D., le expliqué en ruso que había ofrecido té a J., pero éste lo rehusó quejándose de malestar, de sed espantosa, y que pidió un vaso de agua. L.D. lo miró de una manera indagatoria y dijo con ligero reproche:

—“Está usted malo otra vez y tiene muy mal aspecto. Eso no está bien...”

Hubo un silencio. L. D. no quería dejar los conejos, no estaba dispuesto a oír el artículo. Pero dominándose dijo:

—“Entonces, ¿quiere usted leerme su artículo?”

Cerró las puertas de las jaulas sin apresurarse y se quitó los guantes de trabajo; cuidaba sus dedos que se herían muy fácilmente. lo que le irritaba mucho y le impedía escribir. El mantenía su pluma, como sus dedos, siempre en orden. Sacudió su blusa azul y se dirigió lenta y silenciosamente, conmigo y con J., hacia la casa. Los acompañé hasta la puerta del estudio de L. D., la puerta se cerró, y yo entré en la habitación contigua.

Apenas transcurrieron tres o cuatro minutos, oí un grito terrible y estremecedor, no dándome cuenta de quién era. Me arrojé sobre él... Entre el comedor y el balcón, sobre el quicio de la puerta, apoyado en el bastidor, estaba en pie León Davidovich,

con la cara ensangrentada, destacándose claramente el azul de los ojos sin las gafas, y los brazos caídos.

—“¿Qué pasa, qué pasa?” —le abracé; pero él no me contestó inmediatamente. Tuve tiempo de pensar si habría caído algo del techo, que estaba en reparación. ¿Pero, por qué aparece de repente ahí? El me dijo lentamente, sin alteración, amargura o despecho:

—“Jacson”.

León Davidovich lo dijo como si hubiera querido decir: “Se cumplió”. Adelantamos algunos pasos, y con mi ayuda, L.D. se reposó sobre la estera.

—“Natacha, te amo”. Lo dijo tan inesperadamente, tan significativamente, casi severo, que yo, sin fuerzas por un interno temblor, me incliné hacia él.

—“¡Oh!, ¡oh!, a nadie hay que dejar entrar en tu casa sin ser registrado”. Y cautelosamente, poniendo un almohadón bajo su cabeza rota, coloqué hielo en la herida y, con un algodón, restañé la sangre de su rostro.

—“Hay que alejar a Seva de todo esto” —dijo con dificultad, indistintamente; pero me pareció que él no se daba cuenta de ésta dificultad.

—“Sabes, allí —y señaló con los ojos la puerta del estudio— sentí... comprendí lo que él quería hacer... me quiso todavía una vez... pero yo le impedí” —dijo en voz baja, calmada, entrecortada.

“Pero yo le impedí”, estas palabras revelaban una cierta satisfacción. En el mismo momento, León Davidovich empezó a hablar con Joe en inglés. Este se hallaba arrodillado, como yo, al lado opuesto. Yo me esforzaba en comprender sus palabras, pero no lo logré. En éste momento vi, pálido, a Charlie entrando en el cuarto de León Davidovich con un revólver en la mano.

—“¿Qué hacer con éste? —pregunté a L. D.; lo van a matar ellos.

—No; no debe matársele, es preciso obligarle a hablar” —me contestó León Davidovich pronunciando siempre las palabras despacio y con dificultad.

De repente oímos un lamento. Miré a L. D. interrogativamente. Con un movimiento de ojos, apenas perceptible, indicó la puerta de su cuarto y dijo con despego: “Es él... ¿El médico no ha llegado?”

—Va a venir enseguida; Charlie ha ido a buscarle con el coche”.

Llegó el médico, vio la herida y dijo conmovido que no era peligrosa. León Davidovich lo aceptó tranquilamente y con naturalidad, casi con indiferencia, como si no se pudiera esperar de un médico otra opinión en esas circunstancias. Pero, dirigiéndose a Joe en inglés y señalando su corazón, dijo:

—“Siento aquí... que éste es el fin; esta vez lo han logrado”.

A mí me quiso ahorrar ésto.

La ambulancia, en el bullicio de la ciudad, en su frivolidad, las apreturas de la gente, la viva iluminación nocturna, iba maniobrando y adelantando con el ininterrumpido sonido de las sirenas y el silbato de los policías en motocicleta. Y nosotros llevábamos nuestro herido con un dolor profundo, insoportablemente agudo en el corazón, y con alarma, siempre creciente. Conservaba su lucidez. Su mano izquierda se extendía a lo largo del cuerpo, paralizada; ya lo había dicho el doctor Dutrem cuando lo examinó en el comedor de la casa. La derecha, sin encontrar lugar para ella, la movía constantemente, en círculos, encontrándose con la mía, como si estuviera buscando una posición. Hablaba con más dificultad. Yo le pregunté, inclinándome muy cerca, cómo se sentía.

—“Ahora mejor” —me contestó León Davidovich.

“Ahora mejor”, me inspiró una aguda esperanza. El ensordecedor ruido, los silbatos de las motocicletas, el ulular de la

ambulancia, continuaba, pero mi corazón latió con la esperanza, “ahora mejor”.

Atravesamos la puerta. El coche se paró. Nos rodeaba la gente. “Entre ellos pueden estar los enemigos —pe sé yo—; como siempre en éstos casos. ¿Dónde están los amigos? Es preciso que ellos rodeen la camilla”.

Hele ahí en la cama. Silenciosamente los médicos examinaron la herida. Siguiendo las instrucciones la enfermera procedió a cortarle el pelo. Yo estaba en pie, a la cabecera. Sonriendo ligeramente me dijo:

—“También ha venido el peluquero...” Trataba de alejarme los pesares.

El mismo día habíamos hablado de la necesidad de llamar al peluquero para que le cortara el cabello, pero no se hizo. Ahora se acordaba de ésto.

León Davidovich invitó a Joe, que estaba también allí, cerca de mí, a apuntar en una libreta su despedida de la vida, como así fué después. A mi pregunta sobre lo que había dicho, Joe me contestó:

—“Me pidió apuntar algo sobre estadística francesa” —y me sorprendí de por qué entonces hablaba de estadística francesa. ¡Qué extraño!; pero, tal vez, se sentía mejor.

Yo continué de pie a la cabecera, sosteniendo el hielo sobre la herida y escuchando. Empezaron a desnudarle, y, para no molestarle, cortaron con unas tijeras su blusa de trabajo. La enfermera y el doctor intercambiaron una mirada de simpatía por la blusa obrera y después le cortaron el chaleco, y después la camisa. Le quitaron el reloj de la muñeca, la ropa restante, sin cortarla. En este momento me dijo:

—“No quiero que me desnuden ellos, quiero que tú lo hagas”. Lo dijo muy distintamente, pero muy afligido. Estas fueron sus últimas palabras dirigidas a mí.

Al terminar me incliné y apoyé mis labios sobre los suyos. Me contestaba. Aun. Y aun me contestaba. Y aun. Esa fué nuestra despedida. Pero no lo sabíamos. El paciente perdió el conocimiento. La operación no le volvió en sí. Sin apartar mis ojos, seguí velándolo toda la noche y esperando el despertar. Los ojos estaban cerrados, pero la respiración, a veces difícil, a veces tranquila, inspiraba esperanza. Así pasó también el día siguiente. Hacia el medio día, según la previsión de los médicos, se produjo una mejoría, pero al caer del día, hubo un cambio repentino en la respiración del paciente: se aceleraba más y más, dándome una inquietud mortal. Los médicos y el personal del hospital, rodearon la cama del paciente, visiblemente conmovidos. Yo pregunté, perdiendo el dominio sobre mí, que era lo que eso significaba, pero sólo uno de ellos, cauteloso, me contestó que pasaría; los otros callaron. Yo comprendí lo falso de la consolación y todo lo desesperado de la situación. Lo incorporaron. La cabeza cayó sobre el hombro, los brazos caídos, como en "El descenso de la Cruz", del Tiziano, el vendaje en lugar de la corona de espinas.

Los rasgos de su cara mantenían su pureza y su orgullo. Parecía que él solo hubiera podido recuperarse. Pero la profundidad de la herida del cerebro era demasiada. El despertar tan apasionadamente esperado no se produjo. No se oyeron más sus palabras. Ya no está en el mundo.

Llegará la venganza contra los asesinos. Durante toda su bella vida heroica, León Davidovich creyó en la liberación del futuro humano; su fé no se debilitó en los últimos años, sino al contrario, se fortaleció y vigorizó. La humanidad futura, liberada de la miseria, suprimirá toda clase de violencia. El me enseñó a creer en esto.

Coyoacán, noviembre de 1940.

León Trotsky

y la Revolución Permanente

por G. MUNIS

I

IMPORTANCIA Y ACTUALIDAD DE ESTA TEORIA

La teoría de la revolución permanente no es una antigua polémica, ni una curiosidad exclusiva del movimiento revolucionario ruso; está estrechamente ligada a la historia de la revolución proletaria de 1917, a la historia de la degeneración burocrática de la misma, conserva plena actualidad para la mayoría de los países del Orbe, y, en su proyección material sobre la lucha de clases en la Unión Soviética, dibuja la trayectoria política de la vida de Trotsky escalonándola en fases que son como una repercusión trágica y confirmatoria de su teoría: período de elaboración política, ejercicio del poder obrero, lucha contra la burocracia, deportación y asesinato por ésta última. La teoría, los acontecimientos históricos y la vida del hombre, forman un todo inseparable, confundándose y determinándose entre sí. Las jóvenes generaciones de revolucionarios, que no han conocido en todos los continentes más que derrotas de la clase obrera, encontrarán en el estudio de esta teoría, no sólo un guión de estrategia política para los países económicamente atrasados, encontrarán también el se-

creto de la degeneración en que cayó la revolución rusa, y por ahí, las causas de las derrotas proletarias sufridas bajo la dirección de la burocracia soviética. A partir de la muerte de Lenin, en enero de 1924, la lucha contra la revolución permanente, si bien dirigida personalmente contra Trotsky, se desarrolla paralelamente a la corrupción política en el Partido comunista de la U.R.S.S., a la extensión de la burocracia en el mismo y en todos los organismos del Estado. Las peripecias de esta lucha, crecida hasta el dominio internacional, y sin desenlace aún, constituyen el mayor monto de experiencia política en los últimos veinte años, una forja de revolucionarios que reduce inexorablemente a rebaba, a cuantos carecen del temple que los grandes acontecimientos históricos exigen de los hombres.

II

LA DICTADURA DEMOCRÁTICA DEL PROLETARIADO Y LOS CAMPESINOS, Y LA REVOLUCIÓN PERMANENTE

El marxismo, como tendencia política de alcances filosóficos, conquistó una brillante representación en Rusia, a partir de las últimas décadas del siglo pasado. El problema teórico más intrincado que había de resolver el partido social-demócrata, concernía al carácter de clase de la futura revolución rusa. En torno a ello giraba toda la discusión; las consignas, la propaganda general y la agitación directa entre las masas, tomaban base en las soluciones a que conduciría la mecánica de las clases bajo el zarismo.

Una aplicación formal, puramente superficial, de las etapas del esquema marxista del desarrollo social —feudalismo-capitalismo-socialismo— condujo a los marxistas rusos a creer que el capitalismo sería la etapa inmediata, inevitable incluso, porque el

país debería travesar. El inmenso retraso de la Rusia zarista, donde convivían, sobre un fondo general marcadamente feudal, elementos de todos los grados del desarrollo social, junto a pequeños núcleos de economía capitalista, daba base a la idea de una futura revolución burguesa que extendiera a todo el país el sistema de producción, distribución y cambio capitalista. Según esta perspectiva, la burguesía era la única clase que podía aspirar a tomar poder y a quien correspondía por derecho histórico la dirección de la revolución. El proletariado, carente de posibilidades propias inmediatas, debiera haberse circunscrito a apoyar a la burguesía, sirviéndole de infantería de línea, como los artesanos y obreros franceses durante la revolución de 1789.

Sin embargo, este análisis era desmentido por el temor al movimiento obrero y a las demandas de los campesinos, que sobrecogía a los partidos representantes de la burguesía. Entre sus divergencias con el zarismo y el recelo de los obreros y campesinos, los representantes de la burguesía se inclinaban siempre hacia el primero, traicionando a los segundos. Desde antes de 1905 aparecía evidente para el ala revolucionaria del marxismo, dirigida ya por Lenin, que la burguesía no podría ser el líder de la revolución. Se lo impedían sus ligas económicas con el feudalismo y el miedo a ser sobrepasada por el proletariado, no muy crecido pero concentrado y vigoroso. Partiendo de aquí elaboró Lenin su famosa consigna de la "dictadura democrática del proletariado y los campesinos".

Como ha dicho Trotsky, ésta consigna tenía para Lenin un carácter deliberadamente algebráico. La incógnita, esto es, si la revolución había de detenerse en los límites burgueses o sobrepasarlos, tenía que ser revelada por los acontecimientos mismos. Pero mientras los mencheviques, y no pocos bolcheviques, seguían concibiendo la revolución como una reforma liberal-constitucional, Lenin la concebía como el alzamiento conjunto del proletariado y los campesinos, que debía acabar con la monar-

quía, solucionar el problema agrario mediante la destrucción completa de los latifundistas y liberar a la economía de las trabas impuestas por el régimen servil.

A la misma época, visperas de 1905, corresponde la primera enunciación de la teoría de la revolución permanente. Esta había sido formulada por Marx, en 1848, como oposición a las limitadas perspectivas democráticas de la revolución. Sacándola nuevamente a luz y conectándola con la situación particular de Rusia, Trotsky previó para el proletariado de este país la posibilidad de remontar la revolución socialista antes que el proletariado de los grandes países industriales.

Para llegar a tal conclusión Trotsky partió de la ley del desarrollo desigual de la economía, no concebida en su forma abstracta, sino en su encarnación material, proyectada sobre las peculiaridades sociales y políticas de Rusia. La desigualdad de la economía entre países como China, la India, la Rusia prerrevolucionaria, y los Estados Unidos, Inglaterra o Alemania, no rompe la unidad internacional del capitalismo, sino que la matiza, pres-tándole condiciones idiosincráticas a un extremo y otro de la escala de desarrollo. Esas idiosincrasias, que consisten en el atraso feudal, semifeudal e incluso patriarcal, de muchos países, son la única forma que ha podido alcanzar en ellos el capitalismo. La nivelación de toda la economía mundial hasta la altura de la moderna industrialización, es absolutamente inconcebible bajo ese régimen. Su propio carácter internacional, exige la distribución del mundo en regiones industrialmente productoras y regiones consumidoras y suministradoras de materias primas. Los países que no hayan alcanzado la etapa de la industrialización, están condenados a mantenerse económicamente a la zaga de los grandes imperialismos, hasta que la revolución proletaria les abra nuevas y más grandiosas perspectivas de industrialización.

Por otra parte, ni en la Rusia de entonces, ni en ningún país semifeudal, representa la burguesía una clase totalmente indepen-

diente y opuesta a los elementos de la economía feudal. El parentesco político y comunidad de intereses, impiden a la burguesía una actuación revolucionaria contra el feudalismo. La única clase sin intereses ni compromisos con el pasado, es el proletariado. ¿Pero adónde llevaría un movimiento revolucionario cuya jefatura perteneciese a éste? He aquí como analizaba Trotsky el problema antes de 1905:

“Nuestra revolución burguesa solo puede cumplir su misión siempre y cuando que el proletariado, respaldado por el apoyo de los millones de campesinos, consiga concentrar en sus manos la dictadura revolucionaria. Dicha dictadura implantará en primer lugar la revolución agraria y la transformación democrática del Estado. Pero las cosas no podrán quedar aquí. Al llegar al poder, el proletariado veríase obligado a hacer cortes cada vez más profundos al derecho de propiedad privada, abrazando con ello las reivindicaciones de carácter socialista”. (1)

Y era en realidad inconcebible que el proletariado llevase a término la revolución burguesa sin traspasar sus límites. El carácter permanente de la revolución rusa era imperativo, como lo es aún para todos los países de situación semejante, desde el momento en que la burguesía era una clase incapaz de desempeñar sus propios fines revolucionarios. O el proletariado, tras de haber desbrozado el camino a la burguesía, cedía a ésta el poder, o para defenderlo y garantizar las conquistas de la revolución democrática se vería obligado a pasar a las medidas de la revolución socialista. La diferencia entre la fórmula de Lenin y la de Trotsky consistía en que el primero no señalaba claramente a que clase pertenecería el poder, ni los límites precisos de la revolución, mientras que para Trotsky era indudable que la jefatura pertenecería al proletariado y que éste pasaría por la revolución burguesa, sin detenerse, hasta la socialista. Que en el fondo ambas fórmulas concordaban, lo demuestran numerosos pa-

(1) Trotsky. “La Revolución permanente”, pág. 30

sajes de Lenin, y sobre todo sus famosas tesis de abril de 1917. En ellas fustigaba al Comité de Petrogrado, dirigido por Stalin Zinovief, que apenas osaba despegarse del Gobierno de Karensky, y reclamaba el poder para el proletariado. La incógnita de la fórmula algebraica fué revelada por la experiencia. El poder de los Soviets encarnó durante los primeros meses la dictadura democrática del proletariado y los campesinos. Pasando sin solución de continuidad a las medidas de expropiación, la revolución burguesa entroncaba con la socialista y ambas estaban dirigidas por el proletariado. La primera revolución proletaria había triunfado, de acuerdo con las previsiones de Trotsky, en uno de los países más retrasados del Globo. La experiencia puso de manifiesto que la clase obrera de los países coloniales y semicoloniales tiene perspectivas propias y que no debe estar sujeta a la burguesía. La revolución burguesa solo puede ser hoy una fase y el comienzo de la revolución proletaria.

III

LA TEORIA DEL SOCIALISMO EN UN SOLO PAIS, CONTRA LA REVOLUCION PERMANENTE

La teoría de la revolución permanente no fué solo una predicción de la revolución de octubre. El proceso de luchas sociales que condujo a ésta dio a aquella teoría el valor científico de una Ley histórica contrastada en el proceso de la evolución material. Pero le estaba reservado algo mucho más importante que la simple victoria de un análisis apriorístico. Debía convertirse, pocos años después en 1917, en el centro de resistencia de la revolución proletaria en Rusia y el eje del movimiento revolucionario internacional; en otras palabras, la lucha contra el Termidor soviético y la defensa del internacionalismo. Del lado de Termidor se alineó la burocracia incubada por el paso forzoso de la N. E. P. (Nueva Económica Política), cuyo peligro

ya Lenin había previsto; en el lado opuesto, la Oposición de Izquierda dirigida por Trotsky.

La muerte de Lenin fué el toque de rebato que puso en movimiento a la burocracia, aglutinándose y formulando una línea política apoyada en primer término sobre sus propios intereses. Pero no se comprenderían bien las razones de la lucha entre la burocracia y la Oposición de Izquierda, ni su extensión, sin tener en cuenta el alcance mismo de la revolución permanente, en manera alguno reducido a Rusia, ni sobrepasado con la conquista del poder por el proletariado. He aquí los tres elementos principales de que se compone:

1.—Nexo entre la revolución democrática y la socialista: el proletariado es llamado a dirigir la sociedad, la democracia deja de ser un periodo histórico de varias décadas para convertirse en el prelude de la revolución socialista.

2.—La revolución socialista misma: transformación constante de la sociedad; cada etapa es una consecuencia directa de la anterior, desenvolviéndose a través del choque de los distintos grupos de la sociedad en transformación; lucha por la técnica, transformación cultural, familiar, etc.

3.—Carácter internacional de la revolución socialista, consecuencia del estado actual de la economía y de la estructura social de la humanidad; la contención de la revolución proletaria dentro de un territorio nacional no puede ser mas que un régimen transitorio, aunque sea prolongado, como lo demuestra la experiencia de la Unión Soviética; la revolución internacional representa de suyo, pese a todos los flujos y reflujos, un proceso permanente.

La burocracia levantó su poder precisamente sobre aquellas características de temporalidad que eran más acusadas en la Unión Soviética. Pero una vez instalada, la idea de provisionalidad se le hacía odiosa. La transformación permanente de la sociedad hasta alcanzar el enlace con la revolución mundial, ha-

bía de parecerle un crimen. Sin embargo, la ofensiva contra Trotsky, como abanderado del internacionalismo, no se inició sin que antes intentara la burocracia atraerlo a su causa, arrancándolo a la de los obreros y los campesinos. Únicamente al convencerse de la invulnerabilidad de los principios revolucionarios de aquel, oteó la burocracia en torno a sí, buscando un jefe. Stalin, asesorado por Bujarin, se presentó como el hombre adecuado. Su animadversión contra Trotsky, nacida del fracaso de sus planes militares en la época de la guerra civil, abonaba su interés en la lucha contra la revolución permanente. La burocracia lo colocó a su cabeza y empezó la búsqueda de una plataforma política que cobijara sus intereses de capa privilegiada.

La teoría del socialismo en un solo país constituyó el centro de resistencia y aglutinación de la burocracia. Esta teoría, formulada la primera vez por Stalin en el otoño de 1924, como resultado de los primeros éxitos de la industrialización, forma una antítesis perfecta con la teoría de la revolución permanente. En ella reaparece, generalizada, formulada teóricamente y adaptada a las condiciones creadas por la revolución de Octubre, la tendencia democrático-burguesa que Stalin, Kamenev, Zinoviev, etc., sostenían en el seno del Partido Bolchevique hasta la aparición de las tesis de Lenin del 4 de abril de 1917. Entonces Stalin, desde el Comité de Petrogrado, era un simple apéndice del gobierno de Kerensky. Su política, no solamente hubiera impedido el nexo entre la revolución democrática y la socialista, hubiera también impedido la primera por la renuncia a la segunda implícita en su política. En 1924, bajo el poder de los Soviets, la nacionalización y el monopolio del comercio exterior, la misma política conservadora reaparecía para impedir el proceso de transformación permanente de la sociedad soviética y su entronque con la revolución internacional.

No vamos a detenernos en refutar las acusaciones de la burocracia contra la teoría de la revolución permanente y la Opo-

sición de Izquierda: ignorancia del papel de los campesinos, salto de la etapa democrática de la revolución, ignorancia de la diferencia entre ésta y la revolución socialista, menosprecio de la capacidad del proletariado ruso "para edificar totalmente el socialismo", etc. Los hechos han transformado el carácter teórico, de pura perspectiva, que tuvo ésta polémica hasta 1930, en una serie de dramáticos acontecimientos, balance terrible de la discusión y del triunfo de la fracción burocrática termidoriana. Al lector que quiera conocer más de cerca esta polémica histórica, le remitimos a los libros de L. Trotsky, "1905", "La revolución permanente" y "El gran organizador de derrotas".

Desde el punto de vista marxista, el proceso de transformación permanente de la sociedad soviética debía empezar por una nivelación económica de los diversos grupos sociales, que diese al poder obrero la máxima resistencia y una fuerza de atracción revolucionaria para el proletariado internacional. Pero ni la nivelación económica podría alcanzar su plenitud, ni la estabilidad del poder obrero completa seguridad, sin varias revoluciones victoriosas en la Europa occidental. La teoría del socialismo en un solo país, como un señuelo consolador, representaba todo lo contrario en el orden nacional e internacional. Nacionalmente, la burocracia substituyó a la nivelación de las clases una diferenciación creciente en torno a sí misma y a la aristocracia obrera. Lejos de acercarse al socialismo, la burocracia se aleja de él, introduciendo privilegios y diferencias económicas cada vez mayores, que debilitan la resistencia interior del país y le enajenan la simpatía del proletariado internacional. Hemos visto, en la guerra fino-soviética, un elocuentísimo resultado de la política de la burocracia. Fronterizo de la Unión Soviética, el proletariado finlandés hubiera derrocado al régimen reaccionario de Manerheim a la primera intimación del poder obrero, si lo que diariamente veía al otro lado de la frontera se pareciera siquiera de lejos al socialismo. El sistema de privilegio de la burocracia, su régimen

de terror contra los trabajadores avanzados, dió a Manerheim su poder de resistencia contra el Ejército Rojo.

En el dominio internacional, la teoría del socialismo en un solo país, desechando totalmente las leyes del internacionalismo proletario, condujo al abandono y la traición de la revolución mundial. Si, como pretende Stalin, el proletariado soviético fuera capaz por sí solo de edificar totalmente el socialismo, la revolución internacional trocaríase en un hecho fortuito, de interés puramente humanitario, e independientemente de la cual, triunfare o no, el socialismo estaría asegurado en la sexta parte de la Tierra.

Pero la pretendida y mesiánica capacidad del proletariado soviético, no era otra cosa, en el fondo, que la incapacidad de la burocracia para dirigir la revolución internacional, y para asegurar, no ya la victoria del socialismo en la Unión Soviética, pero ni siquiera la continuidad del poder obrero. Con el pacto Franco-soviético y la política de los Frentes Populares, se reconoció públicamente la renuncia a la revolución internacional. La burocracia renunciaba a la alianza con el proletariado internacional por la alianza con la burguesía democrática. La traición al socialismo era pública y manifiesta. La Internacional Comunista fué convertida en un instrumento de las alianzas diplomáticas de la burocracia. La debilidad de la Unión Soviética frente al mundo capitalista, fué creciendo hasta convertir la política de la burocracia en reacciones sucesivas de pánico frente a la burguesía.

Primera fase de pánico ante una posible agresión de Hitler: política pequeño-burguesa, de seducción de las democracias imperialistas, patriotismo stalinista en Francia, Inglaterra, España, Estados Unidos, etc. Segunda fase de pánico ante las consecuencias revolucionarias de la entrada de la U.R.S.S. en la guerra: pacto con Hitler, sacrificio del movimiento stalinista alemán, auxilio económico al fascismo y cese de la crítica del mismo;

pseudoradicalismo internacionalista en los países democráticos; el partido de Stalin saluda al partido de Hitler por boca de Molotov. Tercera fase de pánico, ya iniciada, ante la posibilidad de equivocarse de vencedor: promesas secretas a la diplomacia de los imperialismos democráticos, temperanza de la amistad con Hitler, se inicia una crítica dulzona del fascismo, en cualquier lengua menos en alemán. Un aumento de las victorias de Inglaterra y del auxilio de los Estados Unidos, inclinaría decididamente a Stalin del lado opuesto, reaparecerían los Frentes Populares y la guerra contra el fascismo sería nuevamente predicada como santa por los patriotas stalinistas. Pero si es Hitler quien aparece con mayores posibilidades de triunfo en los próximos meses, a él irán dirigidas todas las sonrisas y carantoñas diplomáticas de Stalin. El pánico de éste no es una característica psicológica personal, sino la conciencia de la debilidad de su régimen. De la teoría del socialismo en un solo país, paso a paso, ha llegado al abandono del socialismo en todos los países, incluso en el propio. Desprestigiado interior y exteriormente, sólo confía para sostenerse en sus combinaciones diplomáticas y en el terror nacional desencadenado por la G. P. U.

IV

EL PORVENIR DE LA REVOLUCION PERMANENTE

La ley de la provisionalidad de toda revolución estrictamente nacional, enunciada por la teoría de la revolución permanente, es absolutamente invulnerable. Con mucha más razón es aplicable al régimen de la burocracia, que no es el del proletariado ni el de la burguesía. La revolución proletaria no necesita ni soporta un Termidor, como la burguesa. O se desarrolla, nacional e internacionalmente, o muere dando nuevo paso al capitalismo. El régimen de la burocracia stalinista no puede sostenerse. Debe caer y caerá; su fin está ya próximo. Por su sistema de privilegios

exorbitantes innecesarios, por su desarreglo de los métodos de la planificación, por su terror político contra la vanguardia revolucionaria, Stalin ha diezmado ésta, desmoralizado al proletariado, reforzado a los elementos más reaccionarios de la población soviética y aumentando así las posibilidades de restauración del capitalismo. Si esta llegara a operarse, en la burocracia misma encontraría sus mejores apoyos. Idéntica regresión del movimiento obrero ha producido la burocracia internacionalmente. Pero el maremagnum social que producirá la guerra imperialista, ofrecerá numerosas oportunidades revolucionarias. Nuevos partidos, una nueva Internacional, se desarrollarán al calor de los mismos. Una sola revolución triunfante y la chispa se comunicará a la mayoría de los países de Europa, quizá del mundo. El stalinismo no resistirá más, sino menos que la burguesía. El proceso de transformación permanente podrá entonces continuar en la Unión Soviética y propagarse a través del mundo. Las Leyes del desarrollo histórico pueden verse entorpecidas, pero no desaparecen. La teoría de la revolución permanente fué vencida por la reacción burocrática, producto directo de la reacción burguesa de la post-guerra; con la primera ofensiva revolucionaria renacerá poniendo en juego todas las energías de los oprimidos del mundo. Su triunfo será parejo al progreso histórico hacia el socialismo.

"Desde el punto de vista de una revolución en el propio país, la derrota del propio gobierno imperialista es indudablemente un "mal menor". Los pseudointernacionalistas, sin embargo, se rehusan a aplicar este principio en relación con los países democráticos en derrota".

L. TROTSKY. Junio 1940.

DE LA KOMINTERN A LA CUARTA INTERNACIONAL

Por O. FISCHER.

I

PERIODO CRITICO: LA MUERTE DE LENIN

La muerte de Lenin provocó una crisis dentro del curso de la Revolución Rusa; desde ese momento la dictadura del proletariado marcha en continuo retroceso hasta convertirse en la actual "sangrienta dictadura" controlada por la camarilla contra revolucionaria y burocratizada. Su muerte facilitó a la naciente burocracia la lucha a favor de un absolutismo burócrata. Juntamente con Lenin desapareció la más vigorosa autoridad revolucionaria del joven Estado proletario, del partido bolchevique y ... de la Komintern, liberando a la burocracia del obstáculo que le impedía realizar sus fines.

Sin embargo, existía aún Trotsky, quien en unión del sector revolucionario del Partido oponía constante resistencia a los propósitos de la maléfica burocracia. Trotsky y el grupo revolucionario de oposición consideraban que la lucha en contra de la "dictadura burocrática" significaba un futuro rompimiento ideológico que se reflejaría en el "Estado Soviético" y en la revolución mundial. Pensaban que esta lucha debería realizarse en el seno mismo del Partido, ya que su democracia interna se los

permitiría. La burocracia, por el contrario, tenía un punto de vista totalmente opuesto, y comprendía que para poder subsistir necesitaba jugarse la última carta, razón por la cual desvirtuó todos los problemas del Gobierno proletario y de la propia revolución mundial. Los mezquinos intereses de la burocracia, la impulsaron a evitar por todos los medios a su alcance una discusión democrática. Se impidió la libre discusión política, sancionándola con presidio, persecución y asesinato. El "delito" que se perseguía y que autorizaba a ejercer toda clase de medidas drásticas fué llamado "trotzkismo" (1)

La leyenda del "trotzkismo" fué también tramada para que la burocracia explicara su posición y la disculpara haciéndola aparecer como "leninista". Esta maniobra ideológica, constituyó la primera traición a la revolución de octubre y la primera falsedad en su historia.

El fondo real por el que fué enfrentado el trotzkismo contra el leninismo resulta bastante más claro, si tenemos en cuenta que durante los años heroicos del régimen soviético a nadie se le ocurría hacer una oposición entre Lenin y Trotzky. Lenin y Trotzky simbolizan el triunfo de Octubre.

Entre Lenin y Trotzky no existió nunca oposición. La oposición surge entre Lenin y Stalin, entre el régimen burocrático y la democracia de los trabajadores, para ser más precisos, entre la burocracia y la revolución. La pugna se inició antes de la muerte de Lenin; sin embargo, su muerte violentó las circunstancias. El propio Lenin combatió a la naciente burocracia. Los últimos años de su vida, desde el otoño de 1922 hasta marzo de

(1) La burocracia creó la leyenda del Trotzkismo para poder justificar su propia dictadura. Hitler de la misma manera organizó el incendio del Reichstag para justificar el terror del fascismo. El dominio de la dictadura Stalinista se ha convertido en una cadena ininterrumpida de "incendios del Reichstag".

1923, época en que actuó como observador y consejero del Partido, se caracterizaron por los constantes choques que tuvo con los entonces dirigentes del Partido Ruso. Durante esos meses, Lenin pudo darse cuenta de la fuerza que iba ganando la dictadura burocrática. En diversas ocasiones se reveló ante las actitudes asumidas por ella y finalmente propuso a Trotzky que conjuntamente constituyeron una "fracción" con el objeto de combatir a la burocracia y particularmente al buró de Stalin.

Precisamente en estos últimos meses de la vida de Lenin, en los cuales sostuvo una lucha constante en contra de la burocracia, podemos observar la unidad combativa de Lenin y de Trotzky, lo mismo defendiéndose de los ataques de la burocracia como defendiendo los problemas nacionales (Georgia) y con mayor empeño los vemos luchar siempre por la democracia de los trabajadores. Lenin, ya enfermo, solicitaba en todo momento la ayuda de Trotzky. La lucha que Trotzky sostuvo en contra de Stalin-Sinovief era la misma que Lenin realizaba y podemos sintetizarla en dos fuerzas opuestas: revolución frente a burocracia.

II

En vida de Lenin esta lucha era emboscada. La reinante "troika" (Stalin Sinovief y Kamenev) tenía interés en ocultar la crítica hecha por Lenin y procuraba siempre disimularla y desvirtuar ante los ojos de los miembros del Partido los puntos de vista de Lenin. Otro de los métodos utilizados por la burocracia, consistió en encomendar las tareas más importantes a sus incondicionales, alejando y aislando a los elementos de la Oposición. Al mismo tiempo que ocultaban los conceptos de Lenin y de Trotsky creaban artificialmente un distanciamiento entre ambos.

Estas maniobras políticas fueron favorecidas por la incurable enfermedad de Lenin. Lenin, en marzo de 1923, sufrió el se-

gundo ataque cerebral, el cual lo separó definitivamente de la vida política.

Por vez primera se inició abiertamente la pugna entre la Oposición y la burocracia al plantearse la discusión sobre una "democracia de los trabajadores", aspecto al cual Lenin, desde hacía tiempo, se había referido y que fué uno de los cargos más serios que lanzó en contra de Stalin y de la propia burocracia. Stalin, Sinovici y Kamenef trataron originalmente de ocultar la proposición que hizo Lenin en un artículo sobre "Vigilancia de Obreros y Campesinos", y solamente a instancias del último, se vieron obligados a publicar el artículo en un número de "Pravda", y aún entonces la burocracia continuó desechando las proposiciones de Lenin.

En septiembre de 1923 sufrió la U.R.S.S. una fuerte crisis. El fortalecimiento de la burocracia, trajo como consecuencia un malestar en las masas laborantes. El descontento de las masas populares se manifestó en diversas formas, y la burocracia tuvo que considerar estas diversas manifestaciones como síntomas alarmantes de futuras complicaciones.

La solución que permitía acabar violentamente con la situación creada era la solución que desde meses antes propusiera Lenin, que consistía en aumentar la intervención de los trabajadores dentro de los puestos del Partido y del Estado y fomentar la lucha en contra de la burocratización. Trotzky opinó que para poder vencer la crisis que se había provocado se hacía necesario recurrir nuevamente a la "política de Lenin", la cual eliminaba todos los métodos burocráticos.

La burocracia al sentirse indefensa e incapaz de remediar la crisis, se vió en la necesidad de aceptar la proposición que Trotzky hacía, proposición que coincidía en todas sus partes con la hecha anteriormente por Lenin. Sin embargo, ni por un momento

pensó la burocracia en perder el poder que ya había adquirido, ni tan siquiera en compartirlo con los obreros y los campesinos; retrocedió temporalmente sólo para poder preparar nuevos ataques en contra de las fuerzas revolucionarias y si aceptó la proposición de luchar por una democracia de los trabajadores fué para ganar tiempo y poder posteriormente entronizarse definitivamente.

Los intentos de Trotzky para lograr la creación de una democracia de los trabajadores (o sea la nueva línea) fueron apoyados por muchos miembros del partido y aún por algunos de los dirigentes. La burocracia forzosamente tenía que oponerse a estas proposiciones y después de interminables discusiones, el 15 de diciembre de 1923 se publicó en "Pravda" la resolución sobre la democracia de los trabajadores.

Esta resolución que responsabiliza a la burocracia de la situación creada, despertó nuevas esperanzas entre los miembros del Partido, pensando que ya existía el derecho de la libre discusión y de la elección democrática de los dirigentes.

La buena aceptación de "la nueva línea" por parte del Partido contrastaba con el temor que la burocracia sentía. La realización honrada de esta línea hubiese acabado con la dictadura burocrática y fué por esto que la burocracia procuró impedir que esto aconteciera, convirtiendo para ello el carácter de la discusión sobre la democracia obrera o una resolución defensora de sus propios intereses y contra "trotzkismo". La burocracia culpabilizó a Trotzky de indisciplinar a los miembros del Partido y de obstaculizar la dirección del mismo; sin tomar en cuenta que fué Trotzky quien propuso las medidas que permitieron dominar la crisis y que fué él quien planteó la discusión que culminó con la adopción de "la nueva línea".

En esa misma época surgió la leyenda de "la vieja guardia leninista". La autoridad moral y política de la burocracia no

eran lo suficientemente sólidas como para enfrentarse a las exigencias del momento y de ahí que tuvo necesidad de autotitularse "la vieja guardia de Lenin". Pretendió usurpar el prestigio de Lenin en la misma forma en la que se apropió de la maquinaria del Partido, tratando de hacer aparecer toda su política como "leninista" y tachando toda crítica de contrarrevolucionaria.

En esta forma, la burocracia logró rápidamente que la crítica de la Oposición y de Trotzky fuesen juzgadas como "anti-leninistas", considerando esta crítica como un reto al leninismo y en consecuencia tuvo que aparecer el fantasma del "trozkismo". De hecho, no era la burocracia la que defendía al leninismo sino por el contrario era la Oposición la que adoptaba una postura leninista enfrentándose a la burocracia. El trozkismo y el leninismo, tanto entonces como ahora coinciden y desde hace mucho tiempo son sinónimos de la revolución.

III

El 21 de enero de 1924 falleció Lenin.

Mientras que hubo esperanzas de un restablecimiento de la salud de Lenin, la camarilla burocrática disimuló sus mixtificaciones, dejando la puerta abierta para una futura rectificación. La muerte de Lenin liberó a la burocracia de todos sus temores. (1) Este nuevo "viraje" de la burocracia se reflejó en ataques sistemáticos en contra de la democratización del Partido y fundamentalmente en ataques en contra de Trozki y de los opositoristas de izquierdas.

(1) No está excluido que STALIN haya ayudado artificialmente ese "cambio favorable". Desde principios de 1923 expresó que Lenin en estado de gravedad le había solicitado le proporcionara veneno. Posteriormente, en marzo de 1938, en el proceso seguido en Moscú en contra de Yagoda, quien durante 16 años estuvo a la cabeza de la "G. P. U." y gozó de las confianzas de Stalin, se descubrió que Yagoda durante su actuación en la "G. P. U." disponía de un "laboratorio de venenos", en donde se preparó el envenenamiento de Máximo Gorki. Naturalmente que no existe ninguna duda sobre el hecho de que Stalin ordenara este envenenamiento. Pero hay que aclarar que cuando Lenin murió era ya la "G. P. U." un instrumento de Stalin y Yagoda tenía ya instalado su laboratorio de venenos.

El 13º Congreso del Partido, efectuado el 24 de mayo de 1924, y que fué el primero después de la muerte de Lenin, unificó a la burocracia en sus métodos y en sus aspiraciones. En ese Congreso, Trotzky puntualizó una vez más su posición (la de Lenin) y atacó rudamente a los lacayos de la camarilla burocrática. La viuda de Lenin, Krupskaya, solicitó que en esa misma reunión se diera lectura al testamento de Lenin, cumpliendo así con uno de los deseos del muerto; sin embargo, la burocracia se había encargado ya de poner a salvo tan valioso documento y se negó a proceder a su lectura. Solamente algunas personas de todas las confianzas de Stalin pudieron conocer el testamento.

No solamente se ocultaron los puntos de vista y las proposiciones de Lenin durante su enfermedad, sino que también se impidió que el Partido conociera su última voluntad y sus últimas palabras y a cambio de esto los falsarios burócratas se erigieron como "herederos y continuadores" de la obra de Lenin.

IV

La burocracia, para poder continuar en su lucha de imposición, tuvo que ir creando una ideología propia y aun cuando aparecía como heredera de la obra de Lenin nunca pudo aceptar sus principios, ya que los principios de Lenin son los mismos que defiende el trozkismo. Al tratar de eliminar la concepción de "la revolución mundial" surgió la teoría "del socialismo en un país", pasando automáticamente a segundo término los puntos de vista de la revolución internacional. Esta nueva orientación política creó conflictos aun dentro de la misma "troika". Sinovief y Kamenef trataron de oponerse a la nueva tendencia "nacional socialista"; pero como ellos mismos habían contribuido al fortalecimiento del mecanismo burocrático, su crítica fué recibida con marcada hostilidad. Stalin se había convertido ya en

el jefe de la burocracia y Sinovief y Kamenef. al tratar de apoyar sus argumentos en las teorías lininistas, fueron acusados de trotskistas.

La nueva oposición encabezada por Sinovief y Kamenef y secundada por un gran número de trabajadores de Moscú y Leningrado, aceptó finalmente los principios de las izquierdas, constituyendo "un bloque" que se enfrentó a la "línea nacionalista" para defender los principios leninistas y la revolución social internacional.

A principios de 1927, sufrieron las masas del Partido un fuerte sacudimiento, como consecuencia de la toma del Poder de Chang-Kai-Chek y de la derrota de la revolución china. Esta derrota fué resultado de la política stalinista, que había ordenado la disolución del P. C. chino, refundiéndolo en el Kuo Ming Tang. Inmediatamente se levantó una nueva ola opositora dentro del Partido ruso. La Oposición continuaba ganando adeptos, al mismo tiempo que crecía el desencanto de las masas. La maquinaria stalinista trataba de disimular su derrota en China esparciendo el terror entre los opositores.

La inquietud dentro de las filas del Partido y la tendencia a sumarse a la oposición, eran tan fuertes que no podían ocultarse y se reflejaban en todos los actos del Partido. Las discusiones y reuniones de los opositores tenían que realizarse en la ilegalidad, ya que la burocracia las impedía utilizando la fuerza; sin embargo, estas reuniones eran bastante frecuentes y contaban miles de concurrentes. También en las manifestaciones públicas se observaba la creciente simpatía hacia la Oposición. Para impedir que en la celebración de la Revolución en el año de 1927, se notara el éxito alcanzado por la Oposición, la burocracia inició una serie de provocaciones y actos de terror, así como el encarcelamiento de algunos de los dirigentes.

Bajo estas condiciones de terror se empezó la preparación del 15º Congreso del Partido ruso, Congreso que se efectuó en

noviembre de 1927. El objetivo principal de esta reunión era el de liquidar a la Oposición. El grupo de Sinovief atemorizado y previendo las consecuencias que tendría la escisión del Partido capituló dando el triunfo a la burocracia. La semilla de la oposición, que se agrupaba al derredor de Trotsky, continuó firme en su posición revolucionaria. El Congreso organizado por la burocracia e impuesto por los medios de terror que acostumbra la G. P. U., tomó la decisión de expulsar a los opositores del Partido. La G. P. U. recibió la consigna de vigilar al grupo de Oposición.

Desde ese momento inició la burocracia stalinista la lucha abierta en contra de la Oposición, convirtiendo un rompimiento ideológico en un delito de orden común perseguido por la policía.

(continuará)

En la Argentina, los grupos de la IV Internacional habían organizado un mitin en memoria de Trotsky. Las autoridades lo prohibieron.

En Australia, la organización trotskista ha sido puesta al margen de la Ley. Nuestros camaradas lograron organizar en la calle un mitin contra la guerra. Ha habido registros en las casas de los principales dirigentes y detenciones.

En Canadá y todos los Dominios Ingleses ha sido prohibida la prensa de la IV Internacional. No podrían decir otro tanto los estalinistas.

TENEMOS A LA VENTA:

THE MILITAN

Organo semanal del Socialist Workers Party, de Estados Unidos.
\$ 0.35 ejemplar.

FOURTH INTERNATIONAL

Organo teórico mensual del mismo partido.
\$ 0.75 ejemplar.

UNSER WORT

Organo revolucionario de la emigración alemana.
\$ 0.30 ejemplar.

LA NUEVA INTERNACIONAL

Organo del Grupo Obrero Revolucionario de la Argentina.
\$ 0.25 ejemplar.

I N I C I A L

Organo de la Liga Obrera Socialista, de Argentina.
\$ 0.25 ejemplar.

LUCHA OBRERA

Organo del Partido Obrero Internacionalista, de México.
\$ 0.05 ejemplar.

19 DE JULIO

Balance y fomento de la revolución española.
Veinte páginas, \$ 0.50.

Todos los precios en moneda mexicana.

Pedidos a CLAVE. Apartado 8942.

CeDInCI

Los Gangsters de Stalin

por L. Trotsky

La responsabilidad y móviles políticos de la G.P.U. y sus cómplices en el asalto del 24 de mayo, descubiertos por la víctima.

190 páginas.

\$ 2.00 ejemplar.

QUIEN ESTA DETRAS DEL ASESINATO DE TROTSKY

por Albert Goldman

El asesino de Trotsky al servicio de Stalin. Interrogatorios, indicios y documentos que lo prueban.

90 páginas.

\$ 0.50 ejemplar.

Pedidos a CLAVE. Apartado 8942.